

dente de quien no quiere ir más allá de los datos comprobados. Así, tras lo estudiado en Qumrán podrían seguirse, dice, tres consecuencias: a) Puesto que la presentación del pensamiento de Jesús en los Evangelios está fuera del contexto del judaísmo sectario como trasfondo religioso, tal presentación ha de entenderse como una reflexión de la Iglesia primitiva. b) El trasfondo del pensamiento de Jesús, en cuanto a la función vicaria de su muerte, ha de encontrarse en el judaísmo rabínico y helenístico, en la creencia en el valor expiatorio de la muerte de los mártires. c) El pensamiento de Jesús sobre el valor expiatorio de su pasión y muerte representa su propia interpretación original del cuarto cántico del Siervo. La idea no le fue proporcionada por el judaísmo contemporáneo (p. 120).

La diversidad de estas respuestas nos lleva a concluir, aunque ya no se lo plantea el autor, que de hecho no es posible hoy afirmar con rigor científico que el significado expiatorio vicario de la muerte de Cristo proviene de la Iglesia primitiva. Más bien se ha de pensar, según los datos aportados, que si, en efecto, los Evangelistas ven en el mismo Jesús el origen del pensamiento de la significación vicaria de su muerte, ese ha sido el cauce por donde ha llegado a los Evangelios. La búsqueda de una fuente de tal pensamiento, anterior o contemporánea a Jesús, no deberá olvidar este dato bien atestiguado por el texto evangélico.

El libro de Granet concluye con dos breves e interesantes apéndices: uno sobre las alusiones, en Qumrán, al Siervo sufriente, y otro sobre el uso del término *kaphar* en el Antiguo Testamento y en los rollos de Qumrán. La obra incluye un buen índice de pasajes y otro de materias, así como una seleccionada bibliografía, en la que se echan en falta, sin embargo, títulos en castellano, algunos de carácter general pero interesantes para el tema, como por ej.: A. G. Lamadrid, *Los Descubrimientos del Mar Muerto*, Madrid 1971; F. M. López Melús, *El cristianismo y los esenios de Qumrán*, Edicabi, Madrid 1965 y otros de carácter especializado como los de J. M. Casciaro, *El vocabulario técnico de Qumrán en relación con el concepto de comunidad*, en "Scripta Theologica" 1 (1969) 7-56. 243-313; *El tema del "misterio" divino en la "Regla de la Comunidad" de Qumrán*, *Ibid.* 7 (1975) 481-497; *Los "himnos" de Qumrán y el misterio paulino*, *Ibid.* 8 (1976) 9-56; *El "misterio" divino en los escritos posteriores de Qumrán*, *Ibid.*, 447-475.

GONZALO ARANDA

Francisco M.^a LÓPEZ MELÚS, *Las Bienaventuranzas (Ley fundamental de la vida cristiana)*, Madrid, ed. PPC y EDICABI, 1978, 368 pp., 21,5 × 15,5.

El pasaje evangélico de las Bienaventuranzas ha sido, y sigue siendo, objeto de atención tanto por parte de la exégesis bíblica en sentido técnico, como por parte de la literatura espiritual orientada más direc-

tamente a la edificación en la piedad y vida cristianas. En esta segunda línea ha de situarse el presente libro, pero con la peculiaridad de que su autor, profesor experimentado de Sda. Escritura y buen conocedor de la exégesis científica, quiere contribuir, como él mismo dice, "a la más fina y exigente espiritualidad evangélica, con lo más nuevo de la actual técnica de la exégesis" (p. 13).

El libro, pues, pretende llevar al lector a un estilo de vida conforme a las Bienaventuranzas, teniendo en cuenta la situación actual de la Iglesia en vías de renovación impulsada por el Concilio Vaticano II y los últimos Pontífices, fijándose también en los testimonios de los santos que han reflejado en sus vidas el espíritu de las Bienaventuranzas, y aduciendo además textos de escritores de nuestro tiempo (teólogos, filósofos, poetas...) que manifiestan la necesidad y la búsqueda del espíritu evangélico por la mentalidad actual. Añádase a esto que el autor, en orden a explicar el verdadero sentido de las Bienaventuranzas, nos ofrece el significado que las expresiones tuvieron en el Antiguo Testamento, y en el mundo judaico en general, literatura intertestamentaria y rabínica, así como en el mundo griego. Conecta por otra parte con la enseñanza del Nuevo Testamento en su conjunto, especialmente con San Pablo, y se fija con frecuencia en la interpretación de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Con todo ello el lector puede encontrar abundantes datos y testimonios para comprender y vivir el sentido de las Bienaventuranzas.

Exégesis moderna y espiritualidad evangélica era ya el título de un libro que el autor publicó en 1966, y con esa misma orientación realizó otros trabajos anteriores como *Perspectivas de las Bienaventuranzas* (ed. Edicabi, Madrid 1962) y *Pobreza y Riqueza en los Evangelios* (ed. Studium, Madrid 1963), cuyo contenido queda asumido y completado en la obra que ahora se presenta.

Tres partes estructuran el libro. *La primera* aborda aspectos generales, tales como el estilo de los *makarismos* y su significación en el mundo pagano y judío, las Bienaventuranzas como culminación de la moral bíblica, la autenticidad de las Bienaventuranzas en cuanto pronunciadas por Jesús, sus destinatarios y su importancia de cara al Reino de Dios. En esta temática general van implicadas nociones fundamentales acerca de la Sda. Escritura en su conjunto, tales como: el progreso de la Revelación divina, la veracidad de los Evangelistas al transmitir, cada uno desde su perspectiva, las palabras y los hechos de Jesús, el concepto de discípulo según el judaísmo y el Nuevo Testamento y el tema del Reino de Dios.

La segunda parte se detiene en considerar cada una de las Bienaventuranzas, dedicando gran espacio a la primera, la pobreza, pues, como bien dice el autor, "las Bienaventuranzas se reducen fundamentalmente a la pobreza" (p. 113), ya que "la pobreza es la síntesis de los deseos de Jesucristo, expresados en el conjunto de las Bienaventu-

ranzas, ya se trate de una auténtica pobreza de espíritu con todos los matices que sus exigencias comportan, y que desembocan por amor, en lo material, o de una pobreza efectiva abrazada cordialmente por amor a Cristo pobre" (p. 149). Por estas palabras citadas podemos ver que el autor penetra en la complejidad del término *pobre* en el Evangelio, que "lleva siempre consigo el doble aspecto de carencia de bienes y de sumisión a Dios (...). Mateo acentuó la espiritualización del término pobre y Lucas su materialización" (p. 149).

Las otras siete Bienaventuranzas se presentan destacando el aspecto espiritual de su contenido, pero apuntando, al mismo tiempo, a las virtudes y actitudes concretas que exigen del cristiano. Así, la mansedumbre significa suavidad y fortaleza (p. 184); los afligidos, los que lloran, son "los que saben que viven en el destierro y sólo en el cielo tienen su derecho de ciudadanía" (p. 199). En la cuarta Bienaventuranza vuelve el autor a poner de relieve el distinto enfoque de Mateo y Lucas: "Mateo, al hablar de hambre y sed de justicia, no se refiere al hambre física y material al estilo de Lucas, sino que piensa en personas que aspiran a la justicia con todo su ser: se trata de una actitud, de un deseo ardiente del espíritu (...). La Nueva justicia, la del Reino de los cielos, en lenguaje moderno, se llama santidad" (p. 208).

La misericordia a la que invita la quinta Bienaventuranza se entiende a la luz del concepto de misericordia aplicado a Dios ya en el Antiguo Testamento: "la idea es que se debe seguir el proceder de Dios..." (p. 231). La Bienaventuranza de los limpios de corazón "se refiere a la vida eterna, y no mira sólo a la pureza, sino al desapego del dinero (Mt 6,19-22), al amor a la verdad y hasta a la claridad del lenguaje (Mt 5,37; Ef 4,29)". Como la quinta, también la Bienaventuranza de los que construyen la paz se refiere a "una actividad que va en beneficio de los otros". Esta Bienaventuranza implica la búsqueda de la paz, y el perdón y amor a los enemigos: "Estamos ante la esencia del cristianismo", comenta el autor (p. 263). De ahí que "la relación entre hacer la paz y ser hijos de Dios está en que las dos partes de la Bienaventuranza indican la conformidad con Dios" (p. 264). La última de las Bienaventuranzas nos sitúa ante el problema del dolor y el sentido de la Cruz en la vida cristiana. De nuevo aparecen los distintos matices entre Mateo y Lucas: aquél "pone el acento en el motivo y en el modo de la persecución, sufrida por la justicia", éste "mira a la persecución misma; pero, naturalmente, aceptada con el espíritu de Cristo" (p. 281).

En la tercera parte, titulada "Vivencia y actualización de las Bienaventuranzas", el autor nos pone ante los ojos, en primer lugar, cómo efectivamente Jesús vivió las Bienaventuranzas, de forma que "al proclamarlas, Jesús no hace sino describirse a Sí mismo (...). La vida real de Jesucristo es la clave para saber concretamente qué es la pobreza, la mansedumbre, el hambre de justicia, la misericordia, la limpieza de corazón..." (p. 293). De gran interés nos parecen las breves páginas

(297-301) dedicadas a mostrar cómo Jesús practicó y vivió cada una de las Bienaventuranzas en concreto.

En el apartado siguiente se considera a la "Virgen, primera Bienaventurada". Tras exponer la significación de la figura de María en la historia de la salvación, perfila el retrato de Nuestra Señora a partir de las siete palabras o intervenciones que de ella nos transmiten los Evangelios, y concluye aplicando a la Virgen los trazos de cada una de las Bienaventuranzas, "ya que Ella encarnó todas, consiguiendo de este modo la mayor semejanza con su Hijo, haciéndose camino, el más directo, para ir al único Camino (Jn 14,6)" (p. 323).

Finalmente, muestra el autor cómo las Bienaventuranzas representan la "síntesis armónica del carácter paradójico de la vida cristiana": totalidad en la debilidad (Dios hecho hombre), desarrollo de las propias cualidades y sacrificio de las mismas, vida en el mundo y huida de él, contemplación y acción, propio valor y humildad. Termina el libro con una aplicación de las Bienaventuranzas a la vida del cristiano en el mundo, siguiendo de cerca las orientaciones del Conc. Vaticano II y proponiendo puntos concretos que marcan el camino para vivir hoy según el espíritu de las Bienaventuranzas.

Por la descripción que acabamos de hacer puede apreciarse que el libro cumple el objetivo propuesto: contribuir a desarrollar "la espiritualidad evangélica" centrándola en la vivencia de las Bienaventuranzas. A este servicio se ha puesto la ciencia del profesor y su solicitud y experiencia apostólica. El lector encontrará en el libro tema abundante para su meditación y oración personales; el sacerdote, también para su predicación. Un buen índice temático y una mayor abundancia de títulos, indicando el contenido y progreso temático de los diversos párrafos hubiera mejorado la presentación de esta obra.

GONZALO ARANDA

Bruno de SOLAGES, *Cristo ha resucitado. La resurrección según el Nuevo Testamento*, Barcelona, Ed. Herder ("El misterio cristiano", 17), 1979, 214 pp., 14 × 22.

Sin duda que, como dice el A., "la resurrección ocupa un lugar fundamental en la fe cristiana". De ahí el interés de este libro en el que se aborda el tema desde diversos puntos de vista. Después de resumir las dificultades y objeciones, pasa el A. a exponer una serie de respuestas fundamentadas en los textos neotestamentarios. La primera parte, "La creencia en la resurrección: doctrina de los Apóstoles", estudia la naturaleza de la vida resucitada, la primera predicación de los Apóstoles, la resurrección de Cristo y la nuestra, el lenguaje de la resurrección y la parusía. En la segunda parte trata de "La realidad de las